



MI ENCUENTRO CON JOSEMARIA ESCRIVÁ DE BALAGUER

PETER BERGLAR

I. PRÓLOGO

Que el título de estas líneas no sea «con Monseñor Escrivá de Balaguer» ya es de por sí un primer testimonio. «Monseñor» fue aquí, en la tierra. Pero aquí no me encontré nunca con él. Cuando vivía no le vi ni le oí, no hablé ni me carteeé con él. En este sentido me encuentro en inferioridad de condiciones respecto a muchos miles de personas que tuvieron esa suerte; por no hablar de los muchos que le conocieron de cerca y pudieron estar a menudo con él, durante un tiempo más o menos largo.

De todas formas, hablo de «encuentro» y lo califico —prescindiendo, por una vez, del matrimonio— como el más importante de mi vida; sin duda, esto requiere una explicación. Para esta explicación no bastan vocablos genéricos del tipo «intelectual» o «espiritual»: son correctos, pero nada específicos. Lo que me propongo con estas líneas es poner de relieve la concreción individual y la realidad personal, ligada a una persona de carne y hueso, de aquel encuentro decisivo —providencial en el sentido estricto de la palabra— que de hecho fue «tan sólo» de naturaleza intelectual y espiritual.

¿Por qué este afán? Ciertamente no se trata en mi caso de ningún «testigo de excepción» de determinada iluminación obtenida gracias al Fundador del Opus Dei, ni de lo que supone la vocación a su Obra. Pero el escribir es mi profesión y sería casi anormal que callara sobre el acontecimiento con el que empieza ahora mi cronología: los años posteriores al encuentro con Josemaría Escrivá son profundamente distintos de los decenios anteriores, aunque no estén totalmente separados de ellos. Esta es, tal vez, una experiencia que comparto con casi todos los que han tenido un encuentro con el Fundador del Opus Dei y, por cierto, no como yo, sino de la forma más normal y directa:

de persona a persona. Precisamente el que en mi caso no fuera así me ha causado impresión e inducido a reflexionar sobre ella, sobre todo desde que la muerte de Josemaría Escrivá imposibilitara para siempre un encuentro sobre la tierra. Es sorprendente que —lo confieso abiertamente— mi aflicción por este motivo fuera más bien moderada, a pesar de que ya entonces estaba previsto un encuentro en Roma para la primavera de 1976. Mi desconocimiento me evitó el dolor que hubiera sentido de saber lo que se me escapaba: quedaba privado irrevocablemente de un don único, irrepetible. Pero, por otra parte: algo estaba pasando en mi interior, no era sólo torpeza y desconocimiento lo que me hizo recibir la noticia de la muerte del Fundador con algo así como pésame convencional, sino que —de esto me di cuenta más tarde— yo estaba ya en camino hacia *mi* Emaús, y él iba ya a mi lado desde hacía un buen rato, pero tan callada, cauta y discretamente que casi no le veía en la niebla de mis propios pensamientos, que casi no le oía en el ruido de mis propias palabras. La cronología normal parecía haber quedado en suspenso: aún siendo todavía un hombre que vivía en este planeta, empeñado de lleno, hasta su último aliento, en la realización del encargo divino que le tocó en suerte dentro de la historia de la humanidad, durante los doce meses transcurridos entre junio de 1974 y junio de 1975 me acompañó ya tal como nos acompañan los santos desde el Cielo y tal como él lo hace, de forma manifiesta, desde el 26 de junio de 1975 —tal como lo hará siempre. Dicho de otra manera: Josemaría Escrivá de Balaguer no sólo se encontró visiblemente en los cincuenta años de su vida sacerdotal con muchos millares de personas, no sólo formó y dirigió de forma muy personal a los millares de hijos espirituales suyos en todo el mundo, sino que entró también —invisible, inmaterialmente— en muchos corazones, en las almas de personas que no le conocían personalmente; aún más: que casi no sabían de él. No conocemos su número; de los frutos nos enteramos sólo en aquellos casos en que los interesados, al darse cuenta de su origen, los ponen de manifiesto.

A sabiendas utilizo la expresión «entrar en el corazón, entrar en el alma» que quizá suene algo solemne, pero que quiere expresar que se trata de algo existencial y cualitativamente distinto del escribir un buen libro que enriquezca, del influjo a través de la enseñanza y de la palabra, incluso de la atracción que ejercen el ejemplo y la simpatía humana. Todo esto puede preceder o acompañar, y, a menudo —gracias a Dios— será de hecho así, pero lo específicamente «distinto» de una tal «ocupación del alma» (y este «distinto» es, a la vez, «más») es que es Dios exclusivamente quien actúa. El envía al conquistador, le da la llave para abrir un alma determinada, le deja entrar para realizar un encargo claro: por ejemplo, limpiar y arreglar, poner las cosas en su lugar, abrir las persianas o las ventanas... Y todo esto puede suceder, por de pronto, sin hacer ruido, sin ser notado, con independencia de

lugar y tiempo; pero en estos casos ocurre siempre que enseguida aparece Jesucristo: no es el siervo precursor quien se sienta a la mesa, sino el Señor que le envió. Este es el sentido de las palabras del Bautista: «Illum oportet crescere, me autem minui» (Jn 3,30), palabras por las que el Fundador del Opus Dei sentía especial predilección; las aplicaba a sí mismo pidiendo al Señor una y otra vez la gracia de poder desaparecer totalmente, para que, en su trabajo, en su apostolado, se viera sola y exclusivamente a Cristo. Sin embargo, una vez que el corazón se ha dado cuenta de *quién* es el que quiere vivir en él, suele reconocer también al que preparó y acompañó la entrada. También en mi caso fue así, aunque con cierta lentitud; y cuando, al final, me había dado cuenta, ya era demasiado tarde para decir «muchas gracias» en la tierra a mi bienhechor, que había permanecido invisible. El deseo de reparar esta omisión es, junto a la inclinación del escritor, el segundo motivo de mi relato. Aún hay un tercero, de carácter más bien profesional y quizá específico del historiador: se refiere éste al momento y a la forma del encuentro con Josemaría Escrivá de Balaguer; es lo que quisiera llamar el «fenómeno de la inmediatez histórica».

¿Qué quiero decir con ello? Muchos millares de personas, durante su vida en esta tierra, han encontrado a Jesucristo; si bien este encuentro *siempre* es un don de la gracia, personal, sobrenatural, espiritual, su lugar en la historia de la salvación, sus circunstancias individuales y su ropaje histórico son diferentes. Por una parte están los que convivieron con Jesús, los que le conocieron personalmente, los que le vieron, oyeron, tocaron quizá, los que fueron testigos de su caminar terreno desde el pesebre en Belén hasta la Cruz en el Calvario, los que caminaron, hablaron, comieron con el Resucitado. Un número exiguo, en comparación al total de la humanidad, dispuesto a su alrededor como en círculos concéntricos desde los más íntimos, los que estuvieron más cerca —María y sus amigos, los Apóstoles— hasta los desconocidos, a los que quizá encontró tan sólo un fugaz momento. Frente a estos pocos que «vieron la salvación», en medio de los cuales vivió el artesano, «el hijo del carpintero», «perfectus Deus, perfectus homo», se encuentra el pueblo de Dios, nacido de la Sangre manada de su Costado abierto y que camina a través del tiempo y de la historia, el pueblo de los que *aquí* «sólo» pueden tratarle como Iglesia, en la fe, en los Sacramentos. Y entre los dos un grupo, una generación de transición que merece ser nombrada especialmente porque está junto al Señor no en una cercanía material o sensible, sino de inmediatez histórica: son las primicias del apostolado. A esta generación pertenecen los que oyeron hablar del Señor y de su actuar cuando todavía vivía, pero sin encontrarle personalmente en Palestina (quizá algunos le fueron nombrados y recomendados al Maestro: Jesús supo de ellos y quizá rezó por ellos); y, además, todos aquellos que, después de su vida terrena, fueron llevados a Cristo por los apóstoles y discípulos que El

mismo había designado o por otras personas que habían llegado a la fe a raíz de un encuentro personal con El. Este grupo de personas, claramente delimitado en la historia, del que el Evangelista Lucas es un representante destacado, es la primera cosecha apostólica en la historia de la Iglesia; nos conduce casi hasta el umbral del siglo tercero; sólo a partir de entonces se puede decir definitivamente que no vive ya nadie que haya conocido a un testigo ocular y auricular del Salvador.

Lo que es válido para la Iglesia universal, es también válido (de modo análogo y salvando las proporciones) para las fundaciones e instituciones que el Espíritu Santo inspira en su seno. No hace falta explicarlo detenidamente. En cada caso particular se puede fijar el momento en el que ya no vive ningún amigo, colaborador, compañero o contemporáneo relacionado por algún motivo con un amigo, colaborador, compañero o contemporáneo que tuvo alguna relación con el Fundador. Dicho de otro modo: llega un momento en que el cordón umbilical de la unión material, sensible, «natural» con el fundador de carne y hueso cae definitivamente, dejando paso en lo sucesivo al vínculo puramente espiritual, sobrenatural, de la fidelidad y del amor. En esta disposición se trasluce la Sabiduría de Dios. El hombre es débil en su conocer, querer y actuar; necesita el puente de los sentidos; quiere oír, ver, palpar para amar. Sólo poco a poco se produce el desprendimiento de lo material, el «entrenamiento» en lo invisible; lentamente decrece la densidad de la realidad material, de la corporeidad, mientras que crece la cercanía intelectual y se desarrolla la comunidad espiritual. En lo biológico y en lo histórico, esta fase del enraizamiento puede determinarse con exactitud: abarca dos generaciones; la tercera generación tiene que conformarse con la carencia de cualquier «contacto directo» en la tierra con el fundador.

Estas consideraciones previas me parecían importantes, ya que yo personalmente me encuentro al comienzo de esa «segunda generación», que, al mismo tiempo, es la primera de los hijos espirituales de Josemaría Escrivá de Balaguer que no han conocido personalmente a su Padre espiritual; sí, es cierto: yo pertenezco en sentido estricto a la primera promoción «póstuma» de sus hijos. No puedo acordarme de él (como puede acordarse la «primera generación»), porque nunca le he encontrado fuera de mi interior.

II. EL ENCUENTRO INADVERTIDO

En 1962 un primo mío me regaló *Camino*. «Son reglas de vida —me dijo— de un sacerdote español, que también ha fundado no sé qué institución. Algunas cosas me han gustado bastante; a lo mejor te

interesa». Después de hojearlo brevemente, constaté: «Ah, aforismos, más o menos como el “Oráculo manual” de Baltasar Gracián o las “Reflexiones y máximas” de Goethe»; lo ordené en mi biblioteca en la sección «Libros diversos» y me olvidé completamente de él. Sin duda, este hecho no merece el nombre de «encuentro» con el autor de *Camino*; todo lo más, con su nombre, que hasta entonces no había oído nunca.

Hacia finales del semestre universitario del invierno 1973/74, acudió a mi despacho en la Universidad un estudiante que quería consultarme sobre diversos puntos referentes a mis clases. Al terminar —yo ya me había puesto en pie—, me espetó la siguiente pregunta: «Cree usted, señor profesor, que Dios es el Señor de la historia?». Me volví a sentar, un tanto desconcertado, pues en la Universidad casi nunca se tratan tales temas; los estudiantes no los plantean nunca; están considerados como poco científicos. «Ya que me pregunta tan directamente —contesté tras una pequeña pausa— sí, lo creo». Silencio. El diálogo se había interrumpido. Por fin añadí, en tono algo académico: «Pero éste es un tema amplio y complicado, que no se puede tratar en diez minutos, en el despacho». Con todo, seguimos conversando un rato sobre el tema —ya no recuerdo exactamente qué dijimos— y por la noche hablé con mi mujer de la «pregunta poco convencional» de un estudiante en el tercer semestre de historia. No me figuraba entonces que había tenido un primer contacto con el Opus Dei, al que (según me enteré más tarde) pertenecía el estudiante en cuestión; también un primerísimo contacto con su Fundador...

Pasaron meses hasta que volví a encontrar al estudiante. Me pidió que continuáramos la conversación «de entonces» y dijo que quería venir con un amigo, también estudiante, de historia del arte, que tenía un «interés candente» por el tema. Este coloquio entre tres tuvo lugar el 8 de junio de 1974 en mi casa. Disfruté de lo lindo —digámoslo así— desarrollando ante ambos mis elucubraciones y opiniones sobre el problema de la Providencia divina y de la libertad humana en la historia, sobre el misterioso entrelazamiento entre la historia y la salvación. Estoy seguro de que hablé demasiado. Pero tenía frente a mí a dos oyentes atentos, pacientes, de mirada franca y con buen humor. Esto se me quedó grabado por contraste —contraste notable— con una buena parte de la gente joven con la que tenía que tratar a diario. Como mi locuacidad y ardor apenas dieron lugar a que mis visitantes tomaran la palabra, tuvieron pocas posibilidades de hacer objeciones o de poner reparos. Pero no parecía importarles. Si es que se habló del Opus Dei y de Monseñor Escrivá de Balaguer, fue sólo muy al margen. «Gente simpática —dije a mi mujer cuando se habían ido—, irradian un algo alegre. Nos hemos reído juntos». Después comprendí que había aprendido una gran lección sobre el fundamento de cualquier apostolado. Sin una alegría sincera que refleje el convencimiento de la

redención, contagiosa porque expresa dedicación cordial a los demás, nadie puede atraer a otros a Jesucristo.

Durante las vacaciones que pasé en nuestra pequeña casa de campo me llegó la invitación a dar una conferencia en un Simposio del Centro Romano di Incontri Sacerdotali (CRIS) que tendría lugar en Roma del 11 al 13 de octubre. El aliciente del lugar hizo que no dudara mucho tiempo, y acepté. Al mismo tiempo, del 17 de septiembre al 28 de octubre de 1974, se celebraba en Roma el Tercer Sínodo de Obispos bajo el tema «La Evangelización en el mundo contemporáneo». En este tema se centraba también el Simposio del CRIS: «Esaltazione dell'uomo e saggezza cristiana». Yo sería —así acordamos— el primer ponente con la conferencia «Historia universal y reino de Dios»; seguiría, al día siguiente por la tarde, la relación del filósofo español Antonio Millán Puelles (Madrid) sobre «El problema ontológico del hombre como criatura» y el tercer día, como culminación, tendría lugar la conferencia del Cardenal de Cracovia, Karol Wojtyła: «L'evangelizzazione e l'uomo interiore».

Entre tanto, yo ya me había enterado de que el CRIS estaba dirigido intelectual, espiritual y personalmente por sacerdotes pertenecientes al Opus Dei; que la sede central de la Obra estaba en Roma y que su Presidente General era aquel Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer de quien había oído decir que enseñaba, sobre todo a los cristianos corrientes, a los laicos, a seguir consecuentemente a Cristo, y cuyo libro *Camino* seguía sin haber leído. Cuando comenté con mis amigos y conocidos mi inminente viaje, pude comprobar que la mayoría no sabían nada o casi nada del Opus Dei y de su Fundador, pero que algunos tenían «prevenciones» en contra. Su tono vago e impertinente me sorprendió, pero despertó también sospechas respecto al conocimiento de causa, y en parte incluso respecto a la honestidad de los que me informaban. Sin embargo, a fin de cuentas, este veneno surtió su efecto. Con cierta reserva interior y con el propósito de «tener cuidado» salimos mi mujer y yo el 7 de octubre con destino a la Ciudad Eterna. En la escala del «encuentro» con Josemaría Escrivá había alcanzado, sin saberlo, un tercer peldaño: tras el encuentro, primero, con el nombre, doce años atrás, y, luego, con dos simpáticos «representantes» (así les denominaba yo), ahora el encuentro con la calumnia. No se debe querer evadir esta experiencia angustiosa —y tampoco suele ser posible hacerlo—, pues es parte integrante en cualquier proceso de esclarecimiento interior.

Los nubarrones con los que, por la mañana, había dejado Colonia, se habían disuelto ya por la tarde sin dejar huella alguna: un claro cielo romano sobre mí y en mí. Y la continuación tranquila del encuentro velado, inadvertido con Josemaría Escrivá —en sus hijos. Durante esa semana conocí a bastantes de ellos: alemanes y austriacos, italianos y españoles, sacerdotes y laicos, todos ellos conocían personalmente al

Fundador, algunos llevaban mucho tiempo muy cerca de él, pero no reflexioné ni un momento sobre ello, no me llamó para nada la atención y casi no se mencionó en nuestras conversaciones. Hoy me resulta muy extraño: en contra de mi modo de ser no horadé a nadie con preguntas sobre el Opus Dei o sobre su Presidente General, no hice ningún esfuerzo por encontrarme con él y la noticia de que, agotado por un largo viaje de catequesis por América del Sur, se había retirado durante algunos días y no recibía visitas, me dejó impasible. Pero por otra parte: nadie me «importunó» con el tema del Opus Dei, nadie intentó encauzar artificiosamente la conversación hacia ese tema ni trató de darme explicaciones o informaciones que yo no había pedido, nadie indagó sobre mi vida interior, sobre mi vinculación eclesial o sobre mi recepción de los sacramentos. Hasta mucho tiempo después no me di cuenta de que se me había hecho un regalo de valor inmenso: el «apostolado de amistad» a la perfección. Mucho antes de que empezara a tener conocimientos exactos sobre la Obra, de que hubiera leído un libro del Fundador, mucho antes de que él mismo se acercara a mi entendimiento y a mi alma, ya me habían conducido manos amigas, prudente y suavemente, casi sin que yo me diera cuenta, al camino que él había trazado. Y mucho antes de «entender» este camino —y es tan fácil, y tan difícil, entenderlo como andarlo— ya lo amaba, porque lo había visto como un camino de «laetitia in cruce», de trabajo en el mundo por amor a Dios y a los hombres, de entrega sin patetismo, de encontrarse a sí mismo liberándose de la tiranía del yo que nos impone el yugo del miedo y del orgullo desmesurado y del hastío profundo. Y lo ví así porque aquéllos a quienes había conocido lo vivían con toda serenidad y naturalidad, con veracidad y con una notable paz interior. Y lo vivían así porque, con la gracia de Dios, así lo habían aprendido de aquél a quien llamaban «Padre» —y realmente lo era, de modo más profundo y amplio que cuanto yo entendía entonces. El buen árbol se reconoce por sus buenos frutos: en aquella ocasión, en Roma, y luego muchas otras veces he tenido la suerte de comprobar la realidad de estas palabras del Señor. Y un buen día también me di cuenta de hasta qué punto este «encuentro sin encuentro» con Josemaría Escrivá de Balaguer era la realización de su afán de desaparecer totalmente para que sólo Jesús se luciera.

Aun a riesgo de repetirme, no me canso de explicar que mi encuentro con el Fundador del Opus Dei, en su primer y decisivo estadio, no sólo no fue de naturaleza material, sino tampoco intelectual; no tuvo lugar a través de «lectura», por la que uno se encuentra con el autor y reflexiona sobre él y sobre sus afirmaciones. Tuvo lugar a través de sus hijos espirituales, sin ruido, sin ser visto, al principio incluso sin ser notado. Precisamente en ello veo hoy una gracia especial: había que abrir la puerta del corazón de tal manera que un yo cobarde o perezoso (ciego en cualquier caso) no pudiera mantenerla

cerrada o cerrarla de nuevo. Fue —por poner una comparación— como si se hiciera un gran favor a alguien que duerme o sueña —un favor que quizá no aceptara de estar despierto—, y poco a poco abriera los ojos y empezara lentamente a darse cuenta del regalo, reconociendo paulatinamente a su bienhechor; con claridad sólo después de meter la cabeza bajo un chorro de agua fría. Tengo necesariamente que renunciar a un relato detallado de la parte «nocturna», «inicial», que el alma en su somnolencia no percibe, de mi encuentro con Josemaría Escrivá. Sólo diré que años después me enteré que había rezado por mí desde el mismo momento en que el estudiante de Colonia, que me había acompañado a Roma, le había hablado de mí. Esta oración (estoy seguro) motivó mi despertar, dando comienzo a la segunda fase del encuentro con él, la fase espiritual, de claridad meridiana, en la que participaban entendimiento y voluntad.

III. DE ROMA A ROMA

Regresé a Alemania transformado. No se trata de una afirmación ulterior, de una interpretación autobiográfica del pasado, sino de una apreciación desapasionada que hice ya entonces y que, ya al poco tiempo, me resultaba posible definir; y, lo que es más convincente, también a otras personas les resultaba al cabo de poco tiempo posible definir esta transformación, a pesar de que yo mismo aún no me daba cuenta de la transcendencia y de las repercusiones que la tal transformación llevaba consigo. Tenía cincuenta y cinco años y era católico desde mis tiempos de estudiante hacia más de tres decenios; mi vida, en diversos aspectos, había seguido un rumbo poco convencional, había sido a menudo intranquila e incluso inestable, por fuera y por dentro; casi siempre un éxodo por la selva, codicioso de «vicisitudes» y de «novedades», afanoso de vivencias. Aunque nunca me había separado completamente de la Fe y de la Iglesia, una arbitrariedad autocrática no precisamente irresoluta manejaba ambas como si se tratara de un depósito de fondos espirituales de los que, según capricho, se retira o añade esto y aquello, se valora, ora así, ora de otro modo y a veces se deja totalmente de lado. En el momento en que el estudiante me preguntó por el «Señor de la historia» parece que reinaba en mi interior «bonanza». «Ante su cabaña, sosegado y a la sombra, está sentado el arador», podría decir con Hölderlin, «el hogar humea ante el hombre austero»... Los hijos eran mayores, tenía nietos, algunas de las cosas que *Camino* enumera en el punto 63 se podían referir a mi persona. La brújula apuntaba hacia el repliegue del turbio y vulgar «mundo», hacia el placentero retiro en la casa de campo, para, por fin, escribir y sólo escribir, para, por fin, tener tranquilidad para la «obra

maestra». O, por citar otra vez a Hölderlin: «Llena de paz y serenidad es la vejez»... Pero justamente lo que dice este verso final de la «Fantasía vespertina» es lo que me faltaba: no se podía hablar de paz ni de serenidad ni, bien mirado, tampoco de vejez. Precisamente en ello se basó la «transformación romana»: por el ejemplo concreto de hombres que andaban el camino de Josemaría Escrivá había llegado a experimentar allí —y entendido hasta cierto punto lo que había experimentado— que Dios quiere servirse de hombres que sean cooperadores, corrededores con Cristo en el mundo tratando con todas sus fuerzas de emular su vida, sus treinta años de trabajo oculto, su amor, sus enseñanzas y su dolor. Y había comprendido que de ese intento —y sólo de él y de nada más— resulta la paz, la alegría, la serenidad del corazón que todo hombre ansía y que muchos pretenden lograr con medios inadecuados. Durante decenios había formulado pensamientos e ideas más o menos juiciosas, más o menos atinadas en libros, artículos y conferencias; pero los hombres a mi alrededor, las condiciones de trabajo, la realidad que me rodeaba me resultaban «estorbos», algo que «molestaba» y mermaba el aislamiento y la exclusividad a las que yo tenía «derecho». Bien es cierto que los temas de la religión, de la fe, de la «reflexión sobre Dios» surcaban casi todos los escritos, pero más o menos como un historiador naval procedente de Suiza central podría escribir sobre la historia de la navegación sin haber visto jamás el océano y sin haber pisado nunca un navío. Sí, *ésta* era la transformación: una operación de ojos. Me habían, como se dice, «abierto los ojos», me habían operado las cataratas que durante muchos años no me dejaban ver el mundo más que a través del velo gris de la abstracción y del egocentrismo, dos actitudes que mantienen una peculiar relación mutua. Todavía recuerdo con exactitud que en las conferencias que debía dar en tres ciudades inmediatamente después del viaje a Roma, veía a mi público *de otra manera*, oía a los participantes en la discusión *de otro modo*, casi me atrevo a decir que atendía a las personas (a la guardarropa, al portero, a la vendedora y al empleado de la taquilla), a cada persona, en suma, de forma nueva, natural, viva. De pronto sentí el deseo (y, poco a poco, también la capacidad) de hacer partícipes a los que me rodeaban de la amorosa atención de la que yo había sido objeto. Esto fue consecuencia en primer lugar —hoy lo sé— de la oración de Josemaría Escrivá de Balaguer, que al principio quedó escondida a mis ojos; también del ejemplo que sus hijos espirituales me habían transmitido con amistad y naturalidad; y por último, del contacto —al principio lento, después cada vez más intenso— con la vida y con los escritos del Fundador.

Por más que lo repita, resulta imposible dar una idea adecuada del modo en que me salía al encuentro su espíritu en las innumerables cosas pequeñas, a veces en rasgos mínimos, en detalles casi imperceptibles, que, en suma, representan el contenido concreto del se-

guimiento de Cristo, tal como lo había enseñado a los suyos; y cómo esta forma de encuentro era la que en el fondo contagiaba. Sobre este tema podría escribir páginas enteras; citaré un sólo ejemplo: para el 27 de junio de 1975 había concertado una cita en un Centro de la Obra en Colonia. Todavía no sabía nada de la muerte del Fundador acaecida el día anterior. Cuando, por la tarde, llegué allí, no noté inicialmente nada extraordinario, todo parecía normal como siempre. Sólo cuando me dijeron, con gran serenidad, que el Padre había fallecido repentinamente, y me pidieron que rezara por su alma, me llamó la atención cómo era posible compaginar tan profundo dolor con esa no menos profunda paz. Luego siguió todo de acuerdo con el fin de mi visita, sin insistir más sobre el hecho que significaba un agudo choque, una pena enorme para los socios de la Obra. Es de suponer que también aquella tarde yo hablaría sobre todo de mí mismo —y mis amigos escucharían pacientemente mis palabras, con el cariño del que su Fundador les había dado ejemplo. Al despedirme me invitaron a ver tres días después —con mi mujer— una película del viaje de Mons. Escrivá a América del Sur en el verano de 1974. La actitud de mis amigos ante el inesperado fallecimiento de su Padre espiritual a quien querían sobremanera me impresionó más profundamente y me convenció mucho más de la autenticidad de su camino que interminables charlas hubieran podido hacerlo. Esta actitud serena estaba bien lejos de una ecuanimidad desencarnada —no ocultaban la herida que llevaban en el corazón—: era aceptación de la Voluntad de Dios por parte de sus hijos, con una confianza inquebrantable; la alegría por esta filiación era luz que aclaraba incluso la noche más oscura y deshacía la pena natural como el sol disipa la niebla.

El 30 de junio de 1975, mi mujer y yo *vimos* por primera vez a Josemaría Escrivá de Balaguer —aunque sólo fuera en película, lo que es infinitamente menos que corporalmente, pero más que una fotografía—, le vimos y le *oímos*. Estábamos cinco personas: nosotros dos, dos socios de la Obra —y el Fundador. Sí, él estaba allí, perceptiblemente: parecía que llenaba toda la habitación y que estaba delante, junto a y dentro de cada uno de nosotros. Si mal no recuerdo, nos proyectaron una película que recogía una tertulia tenida en Santiago de Chile, el 6 de julio de 1974. Yo tenía la sensación de estar sentado en medio de aquella sala y de ser uno de los interlocutores (¡tenía aún tantas preguntas por hacer!) y que me reconocía entre los demás, llegándome hasta el fondo del alma, y se reía y a la par estaba serio y me contestaba muy personalmente, pero de forma que todos los demás también entendían lo que les hacía falta.

A partir de esa tarde empieza para mí el encuentro consciente —buscado intelectualmente y querido— con Josemaría Escrivá de Balaguer. Leí (esto fue lo primero y lo más importante) de forma sistemática, de principio a fin, *Camino*, no sólo una vez, sino muchas. Poco a poco fui

comprendiendo el secreto de este libro: los 999 puntos, a primera vista, pueden parecer prudentes reglas de vida o cuidados aforismos; además al principio se piensa: bueno, esta frase y aquella otra son especialmente acertadas, esta otra no me incumbe, aquella sólo en parte... Por eso, tanto una mente sencilla como una cabeza complicada, una inteligencia poco culta y otra superfilosófica se pueden «interesar» por él; hasta que por fin se ven fascinados y acaban reconociendo —cada cual por su cuenta y a su manera— que cada uno de los 999 puntos se asemeja a un profundo aljibe que nuestro reflexionar casi nunca llega a sondear totalmente. Esto es lo que descubrí: *Camino* tiene en común con las grandes obras de la literatura y del arte que se adecúa plenamente a cualquier capacidad intelectual. Al que «no le diga absolutamente nada», seguramente es porque él no se dice nada a sí mismo. Entonces señalé al margen algunos párrafos concretos; en total dan por resultado el esquema de un autorretrato que, si bien muestra rasgos de los años 1974-76, a la vez, como un buen retrato, también da constancia de aspectos positivos y negativos permanentes del retratado. Después de la lectura de *Camino* vino la de *Conversaciones*, *Santo Rosario*, homilias publicadas hasta entonces como folletos y finalmente *Es Cristo que pasa*, el primer libro de homilias, que fue publicado en alemán en 1975. Si digo «lectura», el término es correcto sólo visto desde fuera: se trataba de una conversación en la que Josemaría Escrivá luchaba ahora por conquistar también mi «cabeza», a la que se había adelantado el corazón, ganado en su mayor parte gracias a una simpatía humana. Ahora hablaba conmigo con las palabras claras, profundas y, sin embargo, sencillas, de sus libros y se dirigía directamente a mí, en todo lo que me relataban sobre él y en las películas que veía de vez en cuando. Y como nunca he sido un buen callador, le contestaba como buenamente podía, a la medida de mi capacidad de entonces. No viene al caso comentar aquí esa respuesta, pues se producía en el interior de mi alma, en el despertar (o resurgir) paulatino de la vida espiritual. Pero, a la vez e inseparablemente, respondía con actos externos, como es corriente en los escritores: su vida interior se vierte y cuaja en tinta. Los que «lo sufrian» eran en este caso, sobre todo, mis amigos del año 1974, a los que, periódicamente, llegaba un verdadero diluvio de cartas.

Mi deseo de contestar al Fundador del Opus Dei, por el que me sentía llamado en lo más profundo de mi persona y al que cada vez llamaba más a menudo «Padre», crecía incontenible. Y, poco a poco, comprendía que sólo se podía dar esa contestación con *toda* la persona, es decir, en y a través de la unidad de vida. Pero ese conocimiento se queda en mera teoría mientras no se formula en primera persona engendrando la decisión de tomarlo en serio. Este sí a la tarea de transformar en vida diaria, cotidiana, tal conocimiento (providencial regalo de nuestro Padre Dios) y de hacerlo hasta el último instante;

este sí es algo bien distinto y mucho más que la «adhesión» a una institución honorable y se llama con pleno derecho «vocación». Una y otra vez he llamado a Josemaría Escrivá de Balaguer un «libertador», tanto en un sentido personal como referido a toda la Cristiandad. Insisto en este vocablo. ¿Por qué? Cerrar el abismo que media en el corazón y en la cabeza de muchas personas (tal vez de la mayoría hoy en día), el abismo entre fe y ciencia, racionalidad y sentimientos y sobre todo entre la «vida cotidiana normal» y la filiación divina, el cerrarlo a partir del conocimiento, a partir de la voluntad e indicando el camino y los medios —éste es un hecho liberador inconmensurable que todavía no ha sido comprendido del todo, ni mucho menos. A este hecho así se le puede aplicar con propiedad el término «teología de la liberación».

A mi encuentro consciente en el entendimiento con el Fundador del Opus Dei siguió por fin, con lógica divina y humana, el encuentro consciente en el amor. También éste es un acontecimiento interior que se sustrae a la apertura «literaria», pero que está ligado al tiempo y al espacio. Inmediatamente después de un curso de retiro en el Castello di Urio, en Italia septentrional, viajé a Roma, esta vez no como turista o como conferenciante, sino como peregrino —para escuchar. No tenía otra meta que la Cripta en la sede central de la Obra, donde desde hacía nueve meses reposaba el «libertador». Cuando por primera vez me arrodillé allí, junto a la sencilla losa de mármol negro con las palabras «El Padre», en la tarde del 5 de abril de 1976, abarqué en una sola mirada, con una claridad absoluta, meridiana, toda mi vida hasta aquel momento, mis 57 años. En medio del dolor que nacía de la contemplación de tal panorama, experimenté la inmensa alegría de reconocer que, a pesar de los pesares, había sido un camino que me había conducido hasta aquí. Liberado de la obsesiva ilusión —herencia del burgués ilustrado del siglo XIX— que me exigía realizar la propia vida al modo de una «obra de arte» o como un «monumento», so pena de tener que considerarla fracasada, no «digna de ser vivida» en el caso contrario, experimenté sin pero alguno la dicha de haber sido descubierto en la plaza del mercado por el Señor de la viña que me daba empleo a última hora. Llegar a obtener un pedestal de mármol en el Olimpo de Goethe: al joven le había parecido ésta la mayor meta para su vida; el que ya iba para viejo estaba contento y agradecido con poder recoger un par de piedras en el campo del Señor. Esta «corrección del rumbo» es fruto del encuentro con Josemaría Escrivá de Balaguer. Cuando al día siguiente me encontré ante su sucesor, Don Alvaro del Portillo, supe que había terminado el tiempo de peregrinación en busca del encuentro y que comenzaba el tiempo de trabajar bajo su mirada.